



UN MATCH INOLVIDABLE

Alberto Fernández Donoso

- Con permiso... disculpe..... con permiso – a duras penas podía avanzar por entre la multitud.
- Apúrese señor, que me está tapando
- Ya, ya... disculpe – dije mientras comprobaba que mi asiento estaba ocupado por un niño.
- ¡Pero como llega tan tarde señor!... con su atraso nos molesta a todos – dijo mi vecino tomando a su hijo en brazos.
- Tuve un día difícil, muy largo en el aeropuerto y...
- Shhit. Silencio. Cállese que nos distrae - la orden, perentoria, taladró mis tímpanos hasta lo más profundo de mi conciencia.

Casi no lo podía creer. Había llegado la noche anterior para reunirme con el personal del aeropuerto a primera hora de ese día y durante la aburrida cena en el hotel, habían sorteado la entrada que me tenía allí, en medio de una especie de anfiteatro natural en las afueras de la ciudad e inmediatamente debajo de las casetas de transmisión, desde donde podía ver perfectamente bien al pintor, inmóvil, frente a frente a su adversario, una tela de 90 por 60 centímetros que yacía en un caballete al centro del proscenio.

Calculé que el artista debía tener unos 70 años o un poco menos quizás, algo barrigón y con una calvicie que me recordaba la de mi padre. Lucía un delantal que alguna vez había sido blanco y conocido mejores tiempos; llevaba unos anteojos que debían ser bifocales, porque levantaba el mentón como mirando por debajo de ellos a la tela, que esperaba pacientemente que una decisión estética provocara el rugido de la masa humana que asistía al espectáculo.



Completaba la escena, un individuo impecablemente vestido con un terno oscuro, camisa blanca y una corbata chillona quien, peinado a la gomina, estaba sentado en un taburete, a un costado del caballete. Parecía ser el jefe de otros tres igualmente bien vestidos, pero que se diferenciaban del hombre del taburete, en los zapatos que no estaban lustrados y por su posición, sentados a unos cuantos metros formando una especie de arco frente a la tela.

De pronto el pintor se movió. El gentío enmudeció presintiendo la inminencia de un instante dramático. Solo se podía escuchar el suave murmullo de los locutores radiales y de la televisión que transmitían el evento en diferentes idiomas a países lejanos. La tensión amenazaba con reventar arterias; paralizar latidos rítmicos de corazones acelerados, mientras en el escenario los hombres de terno aumentaban su concentración.

Blandiendo un pincel en la mano derecha y la paleta en la izquierda, el pintor atacó repentinamente a la tela logrando dar una pincelada en su extremo superior izquierdo.

- Touché – gritó el engominado.

El anfiteatro lanzó un grito tumultuoso. Con las manos empuñadas al cielo, saltamos de nuestras sillas. La euforia contenida estalló en abrazos entre desconocidos. Incluso vi gente llorar de emoción.

- ¡Extraordinario! - gritaba uno.
- ¡Que fuerza en esa pincelada! - agregaba otro.
- ¡Pero que delicadeza!
- ¡Magistral!- las exclamaciones se sucedían por todo el anfiteatro.

Nunca había visto algo así. El aplauso estrepitoso y el griterío fueron dando paso a una soberbia colectiva.



- Que se creían... que nuestro campeón no lo iba a conseguir? - Mírenlo, allí está, listo para otra pincelada – ¡que gran espectáculo!

Poco a poco un rumor fue tomando fuerza hasta convertirse en un coro colosal

- ¡El que no salta es caballete!
- ¡El que no salta es caballete!
- ¡El que no salta es caballete!

Abajo, el pintor se sentó en una silla especialmente dispuesta para él, al lado de una heladera de la que sacó una botella de agua mineral al tiempo que enjugaba el sudor de su rostro con una toalla. Un masajista comenzó a hacerle unos ejercicios especiales al brazo de la paleta mientras una hermosa promotora, con su vestido corto y ajustado, paseaba un letrero anunciando el próximo round.

El bullicio fue decayendo para dejar lugar al vocerío de los vendedores de maní y bebidas. Entonces quedó espacio en mis oídos para distinguir las voces de los comentaristas ubicados detrás de mí.

... y cuando parecía que se nos escapaba el tiempo, cuando el reloj avanzaba más rápido que nunca, sacó esas tres pinceladas fantásticas y las colocó en el rincón de las ánimas, allí donde nadie llega, provocando esta alegría genuinamente popular...

- Si Pedro – atropelló otra voz presa de la emoción – es que pareciera ser que nuestro pintor hoy tiene la sangre más roja, los ojos más azules y el delantal más blanco que nunca y que una estrella solitaria lo ilumina en el instante preciso... ¡Nuestro pintooor es un patriota! ¡Un gran patriotaaa!

- Sergio... ¿me escucha Sergio?

- como en las mejores jornadas de nuestra historia nos acercamos al triunfo. Al triunfo del arte sobre el caballete y la tela. Al triunfo de la vida sobre la materia inerte. Al triunfo.....



- Sergio.... ¿me escucha Sergio?
- Silencio por favor – la voz del engominado del taburete nos trajo devuelta al anfiteatro.

- Silencio por favor señores...- repitió el engominado- Si no guardan silencio tendré que borrar la última pincelada...

Unos pocos respondieron a la amenaza con pifias aisladas, pero el resto obedecimos temerosos de desatar la ira del referee y regresamos rápidamente al susurro de los latidos ansiosos.

En eso vi que el pintor se levantó, arrojó la toalla sobre la silla, cogió la paleta y el pincel y avanzó con paso decidido hacia la tela, luciendo un vistoso vendaje en su antebrazo izquierdo.

- El hombre está al límite de sus fuerzas – escuché decir a alguien detrás mío.
- Shhit, silencio.

Una vez más artista y tela estaban frente a frente. El acto se había repetido 48 veces durante la jornada, pero éste, a diferencia de los otros me pareció que era el último.

Un silencio nervioso envolvió a todo el país, que seguía el duelo por la televisión. Incluso algunos alcaldes habían hecho instalar pantallas gigantes en las plazas de los pueblos y ciudades para que acudieran familias completas. Feriantes de todo tipo se habían instalado en las calles aledañas. Ropa americana, manzanas confitadas, globos, volantines y matasuegras, calcetines a luca, ralladores de manzanas, cedazos e inciensos de todas las variedades, aromas y procedencias; individuos que ofrecían lo más diversos tatuajes, compraventas de revistas, en fin había de un cuanto hay. Era una babel comercial que incluía estampitas de San Expedito para apoyar espiritualmente al campeón.



En el anfiteatro el silencio era aplastante. Un gran reloj marcaba los minutos y segundos que faltaban para el término del encuentro. Todos sabíamos, y el pintor también, que debería dar todo en un ataque final para erigirse victorioso.

Lo vi avanzar unos pasos, como midiendo las fuerzas que aún le quedaban al caballete. Se paseó frente a la tela sin dejar de mirarla, como buscando el mejor ángulo donde poner sus estocadas felinas. Se detuvo. Se agazapó detrás del pincel... Los bien vestidos aguzaron la mirada, como presintiendo el desenlace. El anfiteatro dejó de respirar. La promotora, con su vestido corto y ajustado, suspiró... Los locutores callaron. El reloj continuó impertérrito su porfiada marcha hacia el tiempo, como ajeno a la odisea que se desarrollaba bajo él.

De improviso, nuestro titán se abalanzó sobre la tela y le propinó cuatro pinceladas, en los instantes precisos que uno de los bien vestidos levantaba una mano, gritaba NOoooo y el reloj hacía sonar el timbre que daba por finalizado el singular combate.

Un desesperado grito se ahogó en los millones de gargantas. El artista, en un arrebatado de insolencia arrojó lejos el pincel y estrelló con fuerza la paleta contra el piso. El engominado bajó del taburete y se acercó a la tela. Lo mismo hizo el bien vestido del grito y se armó un conciliábulo que pareció eterno.

La última pincelada, la que debía provocar el estruendo nacional, la antorcha que debía encender miles de parrilladas olímpicas, el trazo que separaba el éxito del fracaso, estaba siendo cuestionado por uno de los bien vestidos.

- Sergio,..... Sergio.... - pude escuchar a uno de los comentaristas
- Si Pedro, lo escucho
- Por el interno me informan que el bien vestido acusa al pintor, de haber dado la última pincelada en el marco, sin tocar la tela...
- Estamos viendo la repetición de las imágenes Pedro, y no se aprecia lo que usted dice. Todo apunta a que el bien vestido está equivocado...



- Bueno... que quiere que le diga Sergio... Esto es lo de siempre... esta es la mano negra de la poderosa Señora FIP (Federación Internacional de Pintores) contra la que nada podemos hacer. Un bien vestido con zapatos mugrosos, que no distingue entre un pincel y una foca, un saquero profesional como aquel que nos robó el triunfo contra Italia el 98... está a punto de frustrar a un país entero. A un continente entero... A un....

- Pedro... - interrumpió la voz de Sergio- ahí va el engominado al taburete. Veamos cual es su veredicto.

Con aire solemne y con plena conciencia del momento que vivíamos, el engominado exclamó: Touchee.... la pincelada vale.

Pero esto último ya no lo escuchó nadie

El anfiteatro simplemente se convirtió en un cráter arrojando euforia. Todos gritábamos, saltábamos, nos abrazábamos con una fuerza telúrica que remeció al país de punta a cabo.

Los locutores, llorosos, casi afónicos, perdieron la poca compostura que les quedaba.

- ¡Esto es grandioso señoras y señores! Es el mayor triunfo en nuestra historiaaaa. La telaaa que venía invicta del Louvre, del Prado, de la Tate Gallery y de la National Gallery de Washington ha sido derrotada por nuestro pintor. La telaaaa contra la que nada pudo la Naranja Mecánica de Durero, Rembrandt, Vermer; contra la que se estrelló el poderoso conjunto de los impresionistas franceses. La telaaa ante la que cayó inapelablemente la Furia Roja con Goya, Dalí y Picasso; la telaaaa señoraaas y señoreees, la telaaa, vencedora de esa recordada Squadra Azurra que encabezara Miguel Angel, Rafael y el gran Leonardo; la telaaa, esa misma telaaaa ¡escúcheme bien el país enterooo; esa misma telaaa ha sido noqueada por nuestro campeón. Un cíclope, un héroe, un Hércules de las artes que con un "un dos" magistral, en el último minuto.... en el último segundo... en un instante postrer, con un juego de brazos arrancado al dolor de los



calambres, superando las ampollas en los dedos que sostenían ese pincel mági-coo, ese pincel de oro... ese pincel de diamante, con ese pincel que quedará para siempre en nuestras retinas... en nuestros corazones convertidos en relicarios a partir de ahoraaaa...La telaaa...

Ya no pude seguir escuchando. La voz del locutor se había trocado en sollozos entrecortados y la algarabía se había apoderado del silencio vespertino acallando los micrófonos.

El sol, al rojo, semejante a un semáforo cósmico instalado sobre el mar, capaz de convertir a la Historia en un instante perpetuo, me recordó que el momento de partir había llegado. Miré la hora y vi que tenía el tiempo justo para alcanzar el avión de regreso.

No sin esfuerzo conseguí abrirme paso entre la muchedumbre hasta el paradero de taxis mas próximo, en las afueras del anfiteatro.

- Al aeropuerto por favor - le dije al primero que encontré - lo más rápido posible, mire que quiero volver a mi casa y contarle a mis hijos lo que he visto.
- Si señor, ha sido un match inolvidable- replicó el taxista, sonriente, feliz.
- Ya lo creo, ha sido como usted dice- le respondí acomodándome en el asiento.

Todavía pude escuchar a la multitud que entonaba la canción nacional mientras el auto aceleraba por la carretera al aeropuerto, dándole un vertiginoso movimiento al paisaje del desierto.

Si- pensé- debo llegar a tiempo al aeropuerto. Esta noche tendré algo para conversar en la casa, al calor de una gran parrillada...

- Señor - la voz del taxista me sacó de mis cavilaciones - con todo respeto - continuó - pero ¿no le parece curioso? Fíjese que el pintor se tomó todo el tiempo del mundo para ganar el match y ahora es un gran campeón y usted en cambio... y



UNIVERSIDAD
DE SANTIAGO
DE CHILE

Journal of Technological
Possibilism

por favor no lo tome a mal... pero usted es de los que corren contra el tiempo y nunca le ha ganado a nadie...

Lo miré sorprendido por el comentario. Busqué una respuesta en el paisaje pero el desierto, inmutable, continuó su carrera al lado nuestro.

Fin